

Horas de oficina:
DE ONCE A CUATRO
 LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

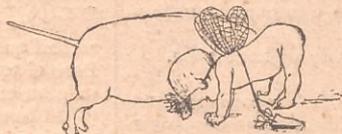
Administradores:
F. BUENO Y COMPAÑIA
 PONTEJOS, 10

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

EL DIOS CUPIDO Y EL CERDO



1.—Erase éste un cochino, para su clase demasiado fino, que con Cupido tropezóse un día y al cual trató con suma cortesía.



2.—Pensó el chico travieso en herir con sus flechas al marrano, y después de obsequiarle con un beso, dijo:—Monto, y después «le meto mano.»



3.—Trabajos, y no pocos le costó el conseguir verse jinete; mas el cerdo, que no era de los locos, auxilió en sus faenas al pobrete.



4.—Viéndose ya Cupido caballero, dijo al marrano en tono cariñoso: —¿Tú sabes qué es amor? —No, ni lo quiero, respondióle el marrano pudoroso.



5.—Pues tú verás, le replicó Cupido, lo que es amor y cuántos sus placeres; y, traidor, en el lomo encanecido, clavó un arpón diciendo: ¿que no quieres?



6.—Y uno tras otro en el grasiento lomo arpones fué clavando impunemente. —Tú has de amar, le decía. —Pero ¿cómo? —Como cualquier persona inteligente.



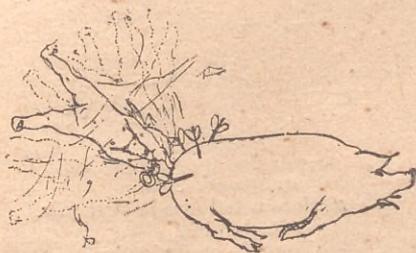
7.—Revolvióse el cochino como en son de protesta dolorosa y el muchacho ladino, le decía: «Marrano, toma esposa.»



8.—Y siempre consecuente á su infame tarea, por no caer luchaba heroicamente, el niño-dios de impúdica ralea.



9.—«Has de amar, repetía, no he de perder el tiempo; si es tu sino,» y otro arpón añadía en las sangrientas nalgas del cochino.



10.—Hubo algunos momentos en que el chico creyó que se estrellaba; pero el cerdo doblaba sus lamentos, y Cupido del rabo no soltaba.



11.—Triunfó el cerdo, por fin, que con sus tretas al chico derribó; pero éste, ufano, repetía: «¡Infeliz! de mis saetas no se libra ni el hombre ni el marrano.»



Suspensión de corridas de toros, rayos y pedriscos, y aun sospechas de movimientos de tierra en el Norte de Madrid.

Llegada de cuatro mil pies de portugués á Madrid *pelhos touros* de Palha.

Decididamente ha sonado la hora de nuestra muerte.

Aquí ha de pasar algo, y algo malo.

Añádase á estos datos la falta de varias familias y de algunas señoritas sueltas, que han partido ya para la Exposición y sus anexos, y se comprenderá cuán triste es nuestra situación y lo que nos amenaza á los inamovibles este verano en Madrid.

Ni señoritas para el consumo quedarán en esta desdichada villa.

Todo será dolor, tristeza y ruinas.

No sabremos, ó no sabrán los que queden, dónde «convertir sus gemidos,» como decía Fray Luis de León y Castillo, ni á dónde dirigir sus miradas, ni cómo ni con quién desahogar sus penas y satisfacer las demás necesidades morales y políticas.

Madrid, cerebro de la Europa de corto, será el desierto de Sala Julien, pongo por caso.

La Exposición universal barcelonesa dejó á la corte sin el personal necesario el verano próximo pasado.

La Exposición universal de París nos arrebató este año lo que nos quedaba.

Particularmente en «el ramo» de mujeres, que, dicho sea sin ánimo de molestar á los lectores, es «el ramo» más importante en una población, siquiera sea medio civilizada, ó ya salvaje del todo.

Nuestras diosas se van

¡Ellas, las niñas de nuestros ojos, las madres de nuestras niñas!... Y así sucesivamente.

En esas poéticas noches de verano, que son en Madrid aún más poéticas, ¿qué haremos los hombres sueltos y «de nuestro» amantes de las obras hermosas de la Naturaleza?

El Jardín del Buen Retiro no será lo que otros años; su césped menudo, como dice Echegaray (el menor) en una de sus obras, no lo pisarán muchos pies chiquitos.

¿Qué gocees solitarios pueden compensarnos de la falta de ellas?

Aquí, entre los mosquitos y las obras literarias con chinches, ó sea literatura canicular, pasaremos los días de interregno parlamentario.

En el teatro y circo del Príncipe Alfonso y Concha Alcalde ensayan *La oración de San Antonio*, Pérez y González.

Es decir, de Felipe Pérez y González, autor de *La Gran Vía*, y no de *La Vía es sueño*.

Un chico que se ha enriquecido con las letras.

Ceferino Palencia de Tubau hizo *El cura de San Antonio*; con el cura se estrenó.

Ahora ha hecho Felipe Pérez *La oración de San Antonio*.

Supongo que Pérez, como Palencia, se referirá á San Antonio de Padua.

Del pobre San Antonio Abad no se acuerdan los autores.

En cambio algunos han hecho «el cerdo.»

Después, ó antes, no lo sé, estrenará la modesta cuanto numerosa y apreciable Compañía del Circo, una obra arreglada ó compuesta por Mariano Pina (1), *El Cocodrilo*.

Tanto *La oración de San Antonio* como *El Cocodrilo*, son obras de espectáculo.

Con esto y con abrir sus puertas los salones de la calle de San Marcos para que cultiven la coreografía los jóvenes socios, en su mayoría de comestibles, chicos del comercio en sus menores manifestaciones; y con la Montaña rusa y con tres «Circos ecuestres,» según denominación admitida, podremos consolarnos de ausencias de Cármenes y Lolás, y Asunciones y Puras, y otras señoritas documentadas á la ligera.

En cambio, puede que, de vuelta de la visita á la Exposición universal, vengan á pasar unos días en España sinnúmero de extranjeros ganosos de conocer nuestras costumbres.

Mujeres, por lo menos, vendrán seguramente.

Arrastradas por su pasión por los toreros.

Nadie puede calcular las conquistas que van á realizar los *diestros* españoles en París.

¡Cuando las francesas, ó las inglesas, ó las rusas, ó las chicas alemanas vean esos dibujos con piernas como salchichas catalanas y «chaquetiyas» de piquete, que no les llegan á la cintura, y su sombrero de ala ancha, y su coleta ó «coliya,» ó lo que sea, no van á morir pocas de golpe!

Ni una epidemia de otra cualquiera clase de bichos causa más estragos que la de los toreros.

¡Digo! Cuando hayan visto al *Gordo*, ¿qué habrá pasado en París?

P.

(1) De una obra de Julio Verne, según parece.



LLEGAR A TIEMPO (1)

vimos inmediatamente donde presumíamos que estaban las hermosas.

Si grande fué nuestro asombro, no fué menor el de ellas. Asombro mezclado de sorpresa, que durante algunos segundos no nos permitió pronunciar una palabra.

Ellas nos reconocieron inmediatamente, y se miraron; comprendí que un mismo pensamiento había cruzado por la mente de ambas.

Éramos dos enviados de la Providencia.

Trifón y yo empezamos á balbucear algunas excusas; pero ellas no nos dejaron terminar, invitándonos á tomar parte en la cena.

Su programa podía cumplirse: no había más diferencia que una pequeña sustitución de personas.

Cerrada otra vez la puerta, é instalados convenientemente, pronto se establecieron relaciones de mutua confianza entre la Baronesa y Trifón, al par que yo las establecí con Virtudes.

Entre risas y bromas hablamos algo de los fugitivos, más bien para acribillarlos con punzantes epigramas que para lamentar su ausencia. Pero el tema no tardó en agotarse, pues nuestros particulares intereses exigían exclusiva atención.

El horno estaba para bollos, como suele decirse; así es que no tuvimos necesidad de prepararlo. ¡Qué hornada tan deliciosa!

Ignoro lo que pensaría Trifón: de mí sé decir que juzgaba aquello como un feliz ensueño, del que temía despertar. Podía haber encontrado ó encontrar en lo sucesivo más amor; pero más ilusión y más placer... ¡Imposible!

Cada vez que veía destacarse unas bellísimas formas entre oleadas de encaje y sedas, cada vez que me abrazaba con el contacto de ardientes caricias, oía palabras entrecortadas por la más poderosa de las sensaciones ó percibía detalles de delicadeza y buen gusto que excitaban la voluptuosidad; cada vez que pensaba que nada de aquello se había hecho para mí sino para otro (ó para otros), sentíame obligado á reconocer forzosamente que una mano misteriosa guía los destinos del hombre, y otra, más misteriosa todavía, los destinos del pavo; esta última se había encargado indudablemente de los de Ulrico y Godofredo.

La atmósfera que se respiraba en aquel gabinete embriagaba; saturada de placer y de vapores excitantes, trastornaba el cerebro, pero no agotaba las fuerzas.

Voy á consignar una observación que hice en medio de tanto delirio.

La virtud es amable y tiene poderosos encantos para las almas nobles. Pero las Virtudes con medias de seda color de Corinto y pies de Cenicienta, calzados de raso del mismo color, son irresistibles; son... ¡la mar!

Como todo tiene fin en este mundo, lo tuvo también aquella orgía. Cogidos del brazo por parejas, y con pasos algo vacilantes, ganamos los coches que esperaban á sus respectivas dueñas. Trifón acompañó á la Baronesa hasta su casa, y yo á Virtudes. En el trayecto, y á pesar de la incomodidad de los abrigos; cometí un nuevo pecado, que humildemente confieso, haciendo responsable de él á la manzanilla, á los mariscos, á varios licores afrodisiacos, y, sobre todo, á los encantos de Virtudes. Tal vez entrara por algo el deseo de borrar para siempre de su imaginación la figura de Ulrico.

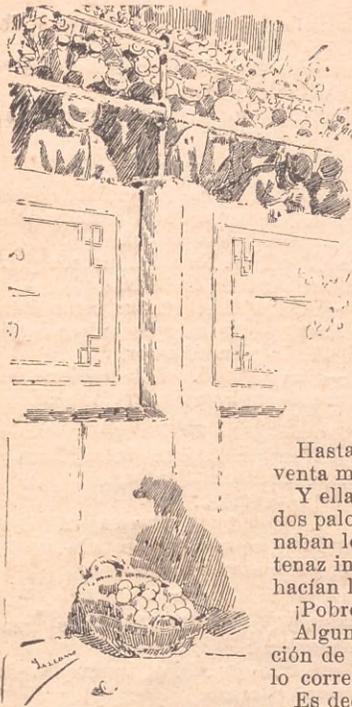
G.



— ¡Qué pie tan chiquitito!
¡qué pantorrilla!
¿Quiere usted que la obsequie,
niña bonita?
— ¿No está usted viendo
que voy oliendo á gloria,
y usted á muerto?



(1) Del tomo LX de la Biblioteca DEMI-MONDE, que acaba de publicarse con el título de *El cuarto de hora*.



DOS FLORES

¡Qué hermosas estaban las dos! En la delantera de andanada segunda ocupaban dos asientos.

Eran dos figuras de porcelana ó de *biscuit*, primorosamente acabadas.

Con sus sombreros de paja, y sus vestidos rameados, y sus ojos negros, brillantes, grandes, hermosos la una, y sus expresivos y preciosos ojos azules la otra.

Llamaban la atención del sexo feo.

Casi no atendían á la corrida los habitantes del tendido núm. 2, por atender á las chicas.

Hasta un vendedor de naranjas paró la venta media hora extasiado.

Y ellas, inocentes, cándidas, tímidas como dos palomas, aunque de mayor vuelo, entornaban los preciosos ojos, ruborizadas por la tenaz inspección que de parte de sus formas hacían los inquilinos del tendido.

¡Pobrecitas!

Algunas vez se descuidaban en la colocación de pies y de faldas, y exhibían más de lo correcto.

Es decir, exhibían lo correcto de sus piernas en el tercio superior, ó poco menos.

La imprudencia de algún espectador les sacaba de su éxtasis y les obligaba á cubrirse, siquiera fuese accidentalmente.

¡Qué piecitos, y qué pantorrillas, y qué... deberían tener! Porque no llegamos á ver tanto los admiradores.

Cuando algún diestro se hallaba en peligro, volvían las miradas á otra parte, y aun se notaba en ellas cierta intranquilidad.

—¿Serán toreras? pensamos.

Pero no persistimos en el pensamiento.

—Hijas de familia, nos replicamos, y de familia no taurina, si no es por parte de padre.

Chicas modestas, aunque principales, que vienen á gozar inocentemente con el espectáculo infantil de los toros.

«Tuve curiosidad yo,
y cuando salieron salí»

como Narciso Serra, en *El loco de la guardilla*, pone en boca de Cervantes.

En la puerta de la plaza las esperaba un coche particular.

Subieron en él, y se disponían á partir, pero no sin dirigirme miradas mortíferas.

Me aproximé al carruaje.

Los caballos partieron al trote largo.

En aquel momento salía caballero un picador amigo mío, que había funcionado, y, sin decirle palabra, salté sobre la grupa de su jaca.

—Quiero alcanzarlas, le dije.

El jinete, á quien en poco más echo del caballo abajo, me preguntó un tanto escamado:

—¿A cuáles?

—A aquellas del coche

—Don Fulano!

—¿Qué?

—¡Pus si son la Socorriyo y la Pilar; dos chiquiyas!...

—¿Qué?

—Dos internas mu güenas mosas... vamos, de ida y güerta.

¡Yo que había llegado á creer que alguna de ellas sería la mujer que yo necesito para andar por casa!

P.

INFLUENCIA ATMOSFÉRICA

No cabe dudar que ciertas propensiones vienen con la atmósfera, las trae el aire.

El clima, el estado atmosférico, determinan el estado patológico del hombre.

Un individuo aconsejaba á un su amigo que iba á emprender un viaje de recreo por Europa:

—Cuando llegues á una población, ten en

cuenta el clima para tu gobierno. Por ejemplo, en Italia, especialmente en Nápoles y Venecia, á nadie mires con malos ojos, porque ya tienes lo que te hace falta. En cambio en Inglaterra te puedes permitir grandes libertades con las inglesas.

Y efectivamente. En Italia sufrió, entre otros percances, un puntapié en la fisonomía posterior, y apenas puso el pie en Londres quiso abrazar á una inglesa, que resultó ser la esposa del lord Corregidor, costándole la aventurilla unas cuantas libras esterlinas y algunos puñetazos.



Cuando algún infeliz intenta suicidarse ó lo consigue, excita la emulación de los que se hallan predispuestos.

—Ese se ha suicidado; *ergo* tengo conmigo mismo el compromiso de hacer otro tanto.

—¡Ella no me ama! ¡Postergarme á un hombre tan feo! Me mato para probarla que soy más valiente que él.

Los contagios de este género son frecuentísimos.

Una señora que lleva el alta y baja de las defunciones, lo primero que recita á sus contertulios es la cuarta plana de *Correspondencia de España*, y exclama casi con fruición:

—¡Qué hermosa viene esta noche! Diez defunciones y cinco aniversarios.

Excusado es decir que en la tertulia de la conocida dama se renueva el personal con mucha frecuencia.

Rara vez oirán ustedes hablar de un robo, sin que á poco tiempo hayan sufrido un conato de que le desamorticen el reloj, si lo usan.

Esta regla se observa en los nacimientos.

—Mire usted, decía uno de nuestros primeros majaderos; el mismo día en que mi señora dió á luz el primer fruto de nuestra unión, salían de su paso otras dos vecinas que estaban en cinta del mismo tiempo.

—¡Qué rareza! replicó otra señora de peso. Yo he observado el mismo fenómeno en la lotería. ¿Querrá usted creer que en el mismo sorteo nos tocó un premio á todos los tertulianos de las de Frida?

—¡Qué coincidencia! ¿Y cómo fué eso?

—Porque jugábamos todos en el mismo número.

—Seguramente hay lunas, decía una chula; mi hombre me dió anoche una paliza de *solenidaz*, al mismo tiempo que á otra señorita de la vecindad la sacudía el marido.

—Hay días aciagos, replicó otra; pero para ti, según veo, todos los días son martes.

Teniendo en cuenta este encadenamiento de los sucesos, nunca hay más vigilancia que cuando se cometen tres ó cuatro crímenes.

Hasta que se reventaron varias personas, no se ocurrió á las autoridades que pudiera lastimarse el individuo que se arrojara por el Viaducto.

El sistema preventivo en estos casos parece una oficiosidad imperpetinente.

Cuentan que en cierto convento hay una escalera de caracol por donde las monjas bajan al coro.

La escalera carecía de pasamano.

Una de las religiosas, al bajar cierto día al coro en unión de sus compañeras, hubo de inclinarse á *babor*, y cayó de cabeza.

Cuando acudieron á recogerla, había sucumbido.

La abadesa dispuso que colocaran barandilla en el lado por donde cayó la monja.

—¿Y el otro lado? se atrevió á preguntar con humildad otra hermana.

—No, respondió la abadesa; por ese lado aún no ha caído nadie.

Pocas horas después se apeaba la abadesa, desnucándose.

Y las gentes del pueblo decían:

—Hay lunas. ¡En pocos días dos madres!

K.



—Mira, tú serás mi nene.

—Justamente; y tú mi nena.

¿Me querrás?

—¿Qué duda tiene?

Diez mil al mes: ¿te conviene?

—Sí, rica.

—Seré muy buena.

~~~~~

## BURLA BURLANDO

Un coronel se disculpaba con una señora que le exigía el cumplimiento de palabras dadas anteriormente.

—Señora, es usted demasiado inteligente para que yo la haga mi esposa; soy coronel.

—¿Y qué?

—Que la llamarían á usted *coronela*, y éste es un nombre de mula. Jamás consentiré en ser causante de tal ofensa.

—Y si fuera usted brigadier, ¿se casaría?

—Si fuera brigadier... tampoco.

D. Félix, que hace las críticas teatrales en un periódico popular, recibe la visita de una joven que empieza la carrera.

—Vamos, señorita, siéntese usted y dígame el objeto de su visita.

La joven, quitándose el abrigo y el sombrero, exclamó con aire desenfadado:

—Esta es la primera vez que salgo sin mamá.

—o—

Una esposa fiel decía á su marido:

—Tienes un carácter inaguantable; por cualquier cosa te pones de punta.

—o—

Una joven muy guapa aprende á tocar el piano.

El profesor que la presta sus lecciones á domicilio, se enamora de la chica, y ésta le corresponde.

La mamá los vigila.

Pero un día que se ve obligada á salir de casa cuando se aproxima la hora de la llegada del profesor, llama á un hermanito de la muchacha y le encarga que no se separe de su hermana cuando esté con el maestro.

Cuando vuelve la madre, pregunta al niño, y éste dice:

—Hemos jugado mucho: yo tocaba el piano y el maestro á Elvira.

—o—

Una paliza por día  
le da Monreal á la Inés;  
y dicen que es su *querida*...  
¡Vaya un modo de querer!

—o—

En la escalera de una casa.

Una señora dice á un caballero que la sigue á cierta distancia para observar mejor... los movimientos de la dama:

—Caballero, ¿se ha propuesto usted llegar hasta arriba?

—Sí, señora, responde; hasta arriba.

—o—

A una muchacha de Yecla  
la llamé, y dije: —¿Hasta cuando  
me vas á estar tecleando?  
(La chica se llama Tecla.)

—o—

—Yo paso dos pesetas á mi Salomé; con las otras dos que cobra en el coro del Príncipe Alfonso, puede asegurarse el porvenir. ¿Y tú qué pasas á Irene?

—¿Yo?... Por alto y sin parar los pies, para huir el bulto.

—o—

Un respetable señor tiene un sobrino huérfano y algo calavera, del cual es tutor.

—Mira, Enrique, le dijo un día; es menester que pienses en crearle una familia, en hacerte agradable la vida del hogar.

—Tiene usted razón, tío, le contestó el joven, y desde mañana mismo tomaré una doncella.

—o—

—Señora, hemos concluido; vistase usted, que voy á llevarla ahora mismo á casa de sus padres.

—¡Por Dios, Narciso... no me pierdas en la noche de boda!

—¡Habrá sinvergüenza como ésta! Señora, yo esperaba encontrar algún obstáculo para mi amor, y...

—¡Así sois todos! Si le hubieras encontrado, te habría parecido mal.

—o—

—Hombre, ¿qué tendrá mi Rosa que está triste y ojerosa, y que no come?...

—Pues nada, hombre: que está embarazada y se pone muy mimosa.

—o—

—Papá, ¿qué dicen los gatos cuando maúllan?

—Porquerías, hijo, impropias de persona decente.

—o—

—Llevo uno, dijo al sumar una cuenta ayer Quirós. Y su consorte Pilar murmuró sin vacilar:

—Te equivocas: llevas dos.

—o—

Un individuo se queja á su querida de los malos alimentos que le da.

—Regina, no puedo más: tú te has propuesto que yo me muera de «conación» y lo consigues, seguramente. Haz algo por mí y conmigo.

—o—

A peras me convidó  
la casada Bienvenida:  
sacó dos, y una partió:  
en esto el marido entró  
y se *jamó* la partida.

—o—

«No amar y vivir, es imposible», dijo Cervantes.

De lo cual se deduce que la suegra es un mito.

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. MADRID.



Je suis la fleur des *cocottiers*  
de les amours plus financiers:  
Moi je suis là;  
voyez, Meusieurs, si c'est beau ça.

(Air de *L'amour libre*.)

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



Biblioteca Demi-Monde

Acaba de publicarse el  
tomo 60, titulado

El cuarto de hora.



60 TOMOS PUBLICADOS

Una peseta cada tomo.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblás II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabattillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.
- LX. El cuarto de hora.